

Constituían un gran peligro para España los llamados moriscos. Muchos de estos moros habían aceptado sólo en apariencia la fe cristiana y en secreto vivían enteramente como mahometanos. De diversas partes se recomendaba ya entonces la expulsión de estos moriscos. Clemente VIII no se adhirió a esta opinión. Creía que los moriscos se oponían al cristianismo más por ignorancia que por obstinación. Por eso en 1599 dió un edicto de gracia, por el cual se fijó a los moros españoles un plazo de doce meses, y más tarde dieciocho, para su conversión. Con todo los misioneros, a quienes se encargó la conversión de los moriscos, nada consiguieron ni por bondad ni por rigor; mostróse ser imposible la incorporación de este elemento extraño por religión y por raza a la unidad política y nacional (1). Muchas veces los moriscos hasta tomaban la ofensiva. En Valencia se llegó tan lejos, que se hubieron de ocultar los crucifijos para impedir que fuesen mutilados o profanados por los moriscos (2). Más alto que nunca resonó ahora el clamor en demanda de la expulsión y extirpación de estos desvergonzados extranjeros.

A pesar de eso Clemente VIII estaba todavía por el empleo de medios amistosos. Es notable que dirigiese sus exhortaciones precisamente a aquel prelado español que con mayor celo instaba a Felipe III a la más pronta extirpación de los moriscos. Éste era el arzobispo de Valencia, Beato Juan de Ribera. Después que el Papa hubo exigido el 6 de abril de 1604 a él y a sus sufragáneos una relación de las maldades que cometían los moriscos (3), expidió un breve al arzobispo el 20 de septiembre de 1604, en el que le exhortaba a que con la más pronta erección de parroquias y escuelas condujese a los extraviados a la religión católica (4), medio cuyo empleo hacía años

Aragón) y 3 de mayo de 1603 (recomendación del general de los basilios, que quiere reformar los monasterios españoles), Arm. 44, t. 47, n. 19, 112, *Archivo secreto pontificio*. Muchas cosas pertenecientes a este lugar se hallan también en las *relaciones del nuncio Ginnasio (v. arriba, p. 206, nota 2). V. además las *Lettere del card. P. Aldobrandini al Nuntio di Spagna de 18 de enero (visita de los agustinos de Andalucía), 24 de febrero (reforma de los trinitarios), 21 de julio y 1.º de agosto (reforma de los cistercienses) y 7 de noviembre de 1603 (reforma de los monasterios de España), *Archivo Aldobrandini de Roma*, t. 287.

(1) Cf. I. Pfandl, *Civilización y costumbres españolas de los siglos XVI y XVII*, Kempten, 1924, 12 s.

(2) V. Philippson, *Enrique IV*, tomo II, 128 s.

(3) V. el *breve a los obispos del reino de Valencia en el Arm. 44, t. 56, p. 172^b, *Archivo secreto pontificio*.

(4) *Breve, *ibid.*, p. 312. Cf. Hinojosa, 409.

había recomendado y apoyado el Papa en unión con Felipe III, pero cuya ejecución se había diferido (1).

IV

En la paz de Vervins había quedado sin resolver un punto importante. Desde la muerte del último margrave de Saluzzo (1548) Francia y Saboya contendían con las armas y con todo género de astucia acerca de la posesión de este pequeño, pero importante país fronterizo, que para Francia era como una ciudadela contra Italia, y para Saboya significaba el dominio sobre el Piamonte, y hasta la seguridad de la metrópoli (2). El desmedidamente ambicioso Carlos Manuel I de Saboya, político poco escrupuloso a la manera de los tiranos del tiempo del Renacimiento, aprovechando las guerras civiles de Francia, en septiembre de 1588 había ocupado el margraviato; en 1598 tanto menos quería renunciar a su presa o dar una compensación por ella a Enrique IV, cuanto además ya en la paz de Vervins perdió su última conquista en la Provenza, la plaza fuerte de Berre. Por eso en las negociaciones de entonces se difirió la decisión sobre Saluzzo; debía darse dentro de un año por medio de una sentencia del Papa (3).

(1) Cf. Bull., X, 337 s., 790 s., 812 s., 831 s., XI, 24 s.

(2) La ville de Saluce n'est qu'à une petite journée de Turin et Carmagnolle n'en est qu'à une petite demie journée et tout le Marquisat est comme une citadelle pour les François sur toute l'Italie et particulièrement sur le Piémont. Ossat a Villeroy, Rome, 1600, Aoust 14, *Lettres d'Ossat*, II, 198.

(3) Las fuentes principales para la mediación pontificia de paz entre Francia y España son: 1. *Registri di lettere del negoziato della pace conclusa in Lione dal cardinale Pietro Aldobrandini sopra le differenze del marchesato di Saluzzo, Nunziat. di Savoia, 37-38, *Archivo secreto pontificio*. 2. *Diario del viaggio fatto dal card. Pietro Aldobrandini nell'andar legato a Fiorenza per la celebrazione dello spozalizio de la regina di Francia e dopo in Francia per la pace, Var. polit., LXX, 98-295 y F. Borghese, II, 466, *Archivo secreto pontificio*. Son frecuentes las copias posteriores, así en Roma en la *Bibl. Barberini*, LIII, 83, en la *Biblioteca Chigi*, M. I, 12, en la *Bibl. Corsini*, Cód. 162, 240, 395 y en el *Archivo Aldobrandini*, t. 287. Otras copias hay en el *Archivo público de Módena*, en la *Biblioteca Brancacciana de Nápoles* (III, b. 11) y en la *Bibl. Nacional de París* (Fonds ital., 377, 675, 1323). Su autor es el secretario del legado, J. B. Agucchio. 3. Relazione in forma d'istoria del negotiato del card. Aldobrandini sopra la pace del marchesato di Saluzzo, *Bibl. Nacional de París*, Fonds ital., 673, 674 y *Biblioteca Victor Manuel de Roma*, F. Gesuitico, 538, anónima. En realidad esta Relazione fué compuesta en años posteriores (1620) por el mismo cardenal Aldobrandini, y a la verdad para el historiador Homero Tortora. Esto se saca de un manuscrito de la Relazione que hay en el *Archivo Cartari* (ahora *Piccolomini-Febei*)

Clemente VIII mostró al principio poca inclinación a tomar sobre sí una incumbencia que aunque honorífica, era con todo muy espinosa. Si al fin se resolvió a ello, la causa fué sobre todo su laudable propósito de impedir el estallido de una nueva guerra, que según toda probabilidad había de tener mayor extensión, y como quiera que fuese, perjudicar notablemente sus esfuerzos por rechazar el peligro de los turcos. Por eso siguió como antes procurando que a todo precio se ajustase un convenio entre Francia y Saboya — tarea casi desesperada, pues los dos adversarios estaban resueltos a no ceder en lo principal. Esto se mostró ya en el conato de diferir lo más posible las negociaciones decisivas con el Papa.

El duque de Saboya había a la verdad hecho publicar en Turín la paz de Vervins el 21 de junio y gratulado al Papa por ella (1), pero nada quería saber de un fallo de Clemente VIII; su enviado, el conde de Verrue, no llegó a Roma sino en febrero de 1599 (2). Brulard de Sillery, delegado por Enrique IV para apoyar a Ossat, se hizo esperar hasta el 19 de abril de 1599 (3). El estado del nego-

de Orvieto, según el cual Fumi (La legazione del card. P. Aldobrandini narrata da lui medesimo, Città di Castello, 1903) ha publicado la narración. Se le ha pasado por alto a Fumi, que todavía se halla un segundo manuscrito completo de la Relazione con indicación del autor en el Barb., 5673, *Bibl. Vaticana*. — Entre las relaciones impresas antiguas sobresale la extensa y, prescindiendo de algunas inexactitudes, también muy segura de Bentivoglio (*Memorie*, 229 ss.); se apoya casi enteramente en la Relazione del cardenal P. Aldobrandini. Recientemente ha tratado por menudo de este episodio Manfroni en la *Riv. stor.*, VII (1890), 217-255 (con adiciones y algunos documentos como apéndice en Carlo Emanuele, duca di Savoia, Torino, 1891, 79 s.) y en el *Arch. d. Soc. Rom.*, XIII (1890), 101-150, quien ha utilizado las fuentes citadas en los núms. 1 y 2; además Fumi en el *Bollet. d. Soc. Umbra*, II (1896) y Richard en la *Rev. d'hist. et de litt. relig.*, VII (1902), 481-509, VIII (1903), 25-48, 133-151 (tirada aparte: La légation Aldobrandini et le traité de Lyon, Lyon, 1903), quien asimismo se ha aprovechado de la relación mencionada en el n.º 3, pero la ha atribuido igualmente por equivocación a J. B. Agucchio (VII, 490). Richard indica también las narraciones más breves: *Relazione mandata da mons. nuntio di Venezia y *Negotiato del card. Pietro Aldobrandini (Borghese, II, 469, *Archivio segreto pontificio*), las cuales se compusieron después de la muerte del cardenal. A la luz de estas fuentes tanto el Papa como el cardenal aparecen como mediadores desinteresados, llenos de grandísimo amor de la paz. De la sospecha ya rechazada por Bentivoglio (*Memorie*, 269) de que se tratase de procurar al nepote un principado, no puede hablarse; cf. Fumi, *Legazione*, xv.

(1) Esto se saca del *breve de 26 de mayo de 1598, citado arriba, p. 199, nota 4, *Archivio público de Turín*.

(2) Relaciones del conde de Verrue en las *Miscell. di stor. ital.*, I, 353 s.

(3) V. Fouqueray, II, 521. La delegación de Sillery habíase ordenado ya a principios de 1599; v. la *carta de Enrique IV al mio cugino il card. Sfondrato,

cio se hizo aún más desesperado por el hecho de que se ingirió también la diplomacia española (1). De esta manera acercábase ya el fin del año dentro del cual Clemente había de dar su fallo judicial, sin haberse obtenido la más mínima aclaración.

En estas circunstancias resolvióse el Papa a enviar al general de los franciscanos Buenaventura Caltagirona, patriarca de Constantinopla, que ya había prestado excelentes servicios en la conclusión de la paz de Vervins tan favorable para Francia, a Enrique IV, para que alcanzase de éste que el plazo se prolongara medio año, y moviese al Rey a la renuncia de Saluzzo en cambio de una compensación (2).

Mientras Caltagirona, que había salido de Roma el 1.º de abril de 1599 (3), trabajaba en unión con el nuncio francés Gaspar Silingardi (4) cerca de Enrique IV, para conseguir por lo menos otra prolongación del plazo, Clemente VIII, a pesar de haber vuelto a caer enfermo, negociaba incesantemente con Sillery y Verrue (5).

El rey de Francia denegó una prolongación del plazo por seis meses como demasiado favorable para Saboya e hizo en cambio la propuesta de que el Papa entre tanto tomase el margraviato en secuestro, o como se decía entonces, en depósito. Clemente VIII accedió al fin a ello. En vista de esto Caltagirona se trasladó a Saboya para obtener el asentimiento de Carlos Manuel. El duque asintió aparentemente gozoso, pero luego con las dificultades que suscitó, y las condiciones que puso, dió a entender claramente, que sólo quería de nuevo ganar tiempo (6).

Carlos Manuel tenía la sospecha infundada de que el Papa quería hacer donación de Saluzzo a sus nepotes (7); demás de esto fechada en París a 18 de enero de 1599, en el Cód. L. III, 66 de la *Bibl. Chigi de Roma*.

(1) Cf. *Lettres d'Ossat*, II, 31 s., 59 s.

(2) V. *ibid.*; II, 41 s., 53.

(3) V. la *relación de J. C. Foresti, fechada en Roma a 3 de abril de 1599, *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(4) Las relaciones de Silingardi al cardenal P. Aldobrandini aparecerán en la monografía *La pace di Lione*, preparada por Amelli y Palandri.

(5) Cf. la *relación de J. C. Foresti, fechada en Roma a 17 de julio de 1599, *Archivio Gonzaga de Mantua*. Cf. también el *Avviso de 17 de julio de 1599, Urb., 1067, *Bibl. Vaticana*, y *Lettres d'Ossat*, II, 80.

(6) V. la relación de Aldobrandini en Fumi, *Legazione*, 15 s.; Bentivoglio, *Memorie*, 249 s., 255 s., 261 s.; Philippon, *Enrique IV*, tomo I, 89.

(7) V. la relación de Aldobrandini en Fumi, *Legazione*, 20 s., quien advierte: *Calumnia uscita dalla solita malignità della corte di Roma, dove la passione*

esperaba el apoyo de España. Como éste sin embargo no fué posible alcanzarlo, en septiembre de 1599 resolvióse a probar fortuna en personales negociaciones con Enrique IV. Como era de espíritu vivo y ardiente, estaba tan ciertamente persuadido de su buen éxito, que todavía antes de su partida se desligó de la mediación pontificia. Por su enviado hizo declarar a Clemente VIII, que bien sabía que Su Santidad se pondría de parte del rey de Francia, pues éste se había ya obligado a ceder el margraviato al Papa, después de haberlo obtenido! Clemente VIII, irritado por estos reproches, renunció ahora a su cargo de mediador, que desde el principio había sido muy espinoso (1).

El duque de Saboya fué recibido en Francia con los mayores honores, pero al punto se vió defraudado en su esperanza de poder negociar *personalmente* con Enrique IV sobre Saluzzo; el rey le remitió a sus representantes. El ambicioso saboyano hubo de persuadirse cada vez más en lo sucesivo de que no podía contar con el cumplimiento de sus esperanzas. En vista de esto con ignominioso abuso de la hospitalidad que se le había otorgado, se enredó en ocultas negociaciones con algunos grandes franceses descontentos, como el mariscal Birón, los cuales intentaban derribar la monarquía francesa.

Las negociaciones de Carlos Manuel con los representantes de Enrique IV estuvieron repetidas veces próximas a romperse. Esto significaba lo mismo que el comienzo de una nueva guerra, por lo cual Caltagirona y el Papa hicieron todos los esfuerzos posibles para procurar una inteligencia entre los contendientes (2). Clemente VIII escribió con mucha instancia al monarca francés y al duque de Saboya (3). Caltagirona trabajaba incansablemente; él mismo se encargó de presidir las negociaciones; después de vencidas indecibles dificultades logró finalmente el 27 de febrero de 1600 que se ajustase un convenio. Conforme a éste Carlos Manuel prometía ceder dentro de tres meses o a Saluzzo o el país de Bresse contiguo al territorio de Lyon (4). El duque firmó este tratado sólo a fin de ganar tiempo para la preparación de la guerra contra Enrique IV, en la cual con-

ed invidia massimamente contro un Papa glorioso fa ritrovar false inventioni senza haver l'occhio alla verisimilitudine.

(1) V. Philippon, Enrique IV, tomo I, 90 s.

(2) Relación de Aldobrandini, en Fumi, Legazione, 28 s.; Bentivoglio, Memorie, 283 s.; Philippon, Enrique IV, tomo I, 91 ss.

(3) V. la relación de Aldobrandini, loco cit., 36.

(4) V. el texto ibid., 49 ss.

taba con la ayuda de España. Pero el rey de Francia se le anticipó, y los españoles fallaron. El 10 de agosto de 1600 Enrique IV hizo la declaración de guerra; en brevísimo tiempo cayeron en poder de Francia toda Saboya y Bresse. El que al fin llegasen 14000 hombres de las tropas españolas no mejoró la situación del duque, pues los españoles no iban adelante contra los franceses, sino que ocupaban las fortalezas del Piamonte, de modo que Carlos Manuel cayó en peligro de perderlo todo, dejándolo en manos de sus vecinos más poderosos (1).

Con creciente cuidado había observado el Papa el desenvolvimiento de la contienda acerca de Saluzzo; desde el verano de 1600 ningún negocio le había ocupado tan vivamente como éste (2). Una tentativa de los españoles a fin de ganarlo para sus fines, fracasó enteramente. Con las más graves palabras representó Clemente VIII al embajador de Felipe III, el duque de Sesa, qué responsabilidad cargaba sobre sí, si apoyaba las intrigas de Carlos Manuel y con esto provocaba la guerra (3). En julio redobló su oración, sus visitas a las iglesias y ayunos, para que Dios alejase la guerra entre Francia y Saboya (4). Hasta el último momento esperó que se evitaría esta desgracia, la cual había de desbaratar también los planes entonces fomentados de una liga contra los turcos (5). A última hora con el envío de Caltagirona había hecho todavía una tentativa ciertamente inútil para impedir el rompimiento entre Francia y Saboya (6).

Por esto todos los esfuerzos del Papa iban dirigidos a un pronto restablecimiento de la paz. A este fin escribió de su propio puño y letra al duque de Saboya, a Felipe III y a Enrique IV (7) y,

(1) V. Philippon, loco cit., 106 s., 110; Erdmannsdörffer, Carlos Manuel I de Saboya, Leipzig, 1862, 55.

(2) Cf. las *relaciones de J. C. Foresti, fechadas en Roma a 24 de junio y 8 de julio de 1600, *Archivo Gonzaga de Mantua*, y la *carta de Ramón della Torre a Rodolfo II, fechada en Roma a 3 de junio de 1600, *Archivo público de Viena*.

(3) V. la relación de Aldobrandini en Fumi, 56 s.

(4) V. los *Avvisi de 22 y 26 de julio de 1600, Urb., 1068, *Bibl. Vaticana*.

(5) V. las *relaciones de R. della Torre a Rodolfo II, fechadas en Roma a 17 de junio y 1.º de julio de 1600, *Archivo público de Viena*, y el *Avviso de 9 de agosto de 1600, Urb., 1068, *Bibl. Vaticana*.

(6) V. la relación de Aldobrandini en Fumi, 60 s., 65 s.

(7) La carta a Felipe III, de 25 de agosto de 1600, la trae Manfroni en el Arch. d. Soc. Rom., XIII, 139 s.; la dirigida a Enrique IV mencionala J. C. Foresti en su *relación de 2 de septiembre de 1600, *Archivo Gonzaga de Mantua*. La *carta autógrafa a Carlos Manuel, de 25 de agosto de 1600, se halla en el *Archivo*

pues todas sus diligencias diplomáticas fueron inútiles, concibió el plan de poner fin a la guerra con un medio extraordinario, con el envío de un cardenal legado, al rey de Francia. El 30 de agosto de 1600 trató de este negocio en el consistorio y declaró que quería oír las opiniones de cada uno de los cardenales en audiencias particulares (1). A excepción de pocos, entre los cuales se hallaba Ossat, que defendía con ardor todos los intereses de Enrique IV, asintieron los cardenales. Alegando esto, Clemente, para quien todo estaba en el restablecimiento de la paz (2), en un consistorio de 11 de septiembre declaró su resolución de enviar un cardenal legado para la mediación (3). Sólo se podía tratar sobre cuál de los dos nepotes debía tomar a su cargo esta comisión honorífica, pero sumamente dificultosa. Si la elección recayó al fin en Pedro Aldobrandini, debióse no solamente a los ruegos de Sesa, sino también al deseo de Enrique IV, de que este cardenal bendijese en Florencia su matrimonio con María de Médicis (4).

En un consistorio de 25 de septiembre de 1600 confióse a Pedro Aldobrandini esta doble comisión y se le dotó de extensos poderes (5). El mismo día expidieronse tres breves urgentes a Enrique IV, Felipe III y al duque de Saboya, en los cuales se expresaba que del restablecimiento de la paz dependía lisa y llanamente la salud de toda la cristiandad. Decía el Papa, que no podía enviar a nadie que le fuese más allegado por parentesco, amor y confianza, que Pedro Aldobrandini (6). Simultáneamente se puso también en conoci-

público de Turín. Puede verse un resumen de las tres cartas en la relación de Aldobrandini publicada por Fumi, 68.

(1) V. *Acta consist., Cód. Barb., XXXVI, 5, III, *Bibl. Vaticana*. Cf. *Lettres d'Ossat*, II, 201 s., 209, 211 s.

(2) Cf. las *relaciones de J. C. Foresti, fechadas en Roma a 2 y 9 de septiembre de 1600, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) V. *Acta consist., loco cit.

(4) V. la relación de Aldobrandini en Fumi, 75 s.; Bentivoglio, *Memorie*, 319 s. Cf. la *relación del representante imperial en Roma de 6 de mayo de 1600, *Archivo público de Viena*. El sacrificio que hizo el Papa con el alejamiento de P. Aldobrandini de Roma, redobló la carga de los negocios del anciano Clemente VIII. Hace él notar esto en una *carta autógrafa a Carlos Manuel de 25 de septiembre de 1600, *Archivo público de Turín*.

(5) V. *Acta consist., loco cit., *Bibl. Vaticana*; la *relación de J. C. Foresti, de 30 de septiembre de 1600, *Archivo Gonzaga de Mantua*; *Lettres d'Ossat*, II, 228 s.

(6) Los *breves a Enrique IV, Felipe III y al duque de Saboya de 25 de septiembre de 1600 se hallan en el Arm. 44, t. 44, n. 273, 274, 275, *Archivo secreto pontificio*. En el breve a Enrique IV se lee: *Eum enim mittimus, qui unus nobis

miento de los obispos, grandes y consejeros del reino franceses, así como de los príncipes italianos el envío del nepote (1).

El cardenal Aldobrandini ya el 26 de septiembre salió de la Ciudad Eterna. Su séquito era tan numeroso como brillante; constaba de ochocientas personas, entre las cuales siete obispos y otros tantos representantes de la nobleza romana. Ejercía las funciones de auditor García Millini, que más tarde fué cardenal secretario de Estado de Paulo V, y las de simple clérigo de cámara Mafeo Barberini, que debía subir al trono pontificio con el nombre de Urbano VIII (2). Llegado el 3 de octubre a la Cartuja de Florencia, recibió allí Aldobrandini la visita del gran duque de Toscana, para hacer el día siguiente su entrada solemne en la ciudad del Arno. Se alojó en el palacio del gran duque y al punto se puso a disposición de María de Médicis. El 5 de octubre bendijo en la catedral el matrimonio de la de Médicis, en el cual acto el gran duque representó al rey de Francia (3).

El 10 de octubre partió el cardenal legado de Florencia. Para adelantarse con más celeridad, había despedido a la mayor parte de su séquito; retuvo consigo sin embargo al obispo de Avellino, Tomás Vannini, y a dos religiosos célebres predicadores: el capuchino Anselmo de Monópoli y el teatino Pablo Tolosa (4).

El viaje de Aldobrandini se dirigió por Bolonia y Ferrara hacia Parma. Como dadas las estrechas relaciones de Carlos Manuel con Felipe III la actitud de los españoles podía ejercer mucha influencia, aceptando una invitación del conde de Fuentes, gobernador de Milán, desde Parma se encaminó a Stradella (18 de octubre) y Voghera (19-21 de octubre). Además del restablecimiento de la paz el conato de Aldobrandini iba también dirigido a librar al Papa, si

et sanguine coniunctissimus et amore carissimus et in omni officii munere nobis supra quam dici potest est necessarius, sed Dei honorem et publicam causam quibusvis nostris et familiae nostrae commodis et privatis rationibus, quamquam non sine multo sensu, tamen libenter antefendam duximus. Los poderes para Aldobrandini fechados a 23 de septiembre de 1600 en el Arch. d. Soc. Rom., XIII, 136. Cf. Fumi, 77.

(1) V. *Arm. 44, t. 44, n. 277-318, *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. el *Avviso de 27 de septiembre de 1600, Urb., 1068, *Bibl. Vaticana*. Cf. también *Diarium P. Alaleonis, Barb., 2816, *ibid.* V. además Richard en la *Rev. d'hist. et de litt. relig.*, VII (1902), 483; Baumgarten, *Nueva noticia*, 17.

(3) V. la relación publicada por Desjardins, V, 445 s.; Bentivoglio, *Memorie*, 214, 217 s. Cf. *Diarium P. Alaleonis, Barb., 2816, *Bibl. Vaticana*.

(4) V. la relación de Aldobrandini en Fumi, 78 y Bentivoglio, *Memorie*, 218 s., 222 s., 226 s.

era posible, del peso de un *depósito*. En las negociaciones conoció claramente, que las dificultades contra la entrega de Saluzzo no estaban solamente en el duque de Saboya, sino también en los españoles. Se convino al fin en negociar con el mismo Carlos Manuel. En vista de esto Aldobrandini y Fuentes se trasladaron a Tortona, adonde llegó el duque el 22 de octubre. En las negociaciones tuvieron también parte el representante de Felipe III acreditado en la corte de Turín y el nuncio turinés (1).

En las negociaciones se repitió al punto el antiguo juego de espantar al representante del Papa con la idea de que Saluzzo en manos de Francia significaba la irrupción de la herejía en Italia. Con todo el cardenal no se dejó desconcertar. Dijo que el cuidado de la religión se dejase sólo al Papa, que la tiene en el corazón más que su propia vida. Aldobrandini con la amenaza de partirse inmediatamente supo a lo último (25 de octubre) obtener una respuesta, que le hizo posibles ulteriores negociaciones con Enrique IV (2). El Rey sin embargo, aunque Caltagirone en nombre del Papa le hizo las más vivas representaciones, mostró tanto menor inclinación a negociar, cuanto mayores eran los progresos de sus armas. Persistió en que no podía interrumpir sus operaciones, pero al fin por el grande aprecio que hacía del Papa y su sobrino se declaró dispuesto a recibir al cardenal, si éste venía realmente como juez árbitro imparcial.

En vista de esto Aldobrandini el 2 de noviembre salió de Turín para Chambéry, donde se hallaba Enrique IV. La ida a la antigua capital de Saboya al través del Mont Cenis fué muy fatigosa para el cardenal y sus compañeros italianos, pues semejante viaje por los Alpes les era algo enteramente desacostumbrado. Junto a Montmelián hubieron de atravesar el campamento del ejército sitiador francés (3).

Enrique IV recibió al representante del Papa, que llegó a Chambéry el 8 de noviembre de 1600, con todos los honores y exquisita cortesía. Fué favorable el que Aldobrandini supiese expresarse en francés de una manera pasadera (4). Enrique, visiblemente bien impresionado de la afabilidad y de las dotes intelectuales del carde-

(1) V. la relación de Aldobrandini en Fumi, 80 s.

(2) Difunde plena luz sobre las negociaciones de Tortona la relación de Aldobrandini publicada por Fumi, 84 s.

(3) V. la relación de Aldobrandini, *ibid.*, 90 s.

(4) V. el Diario en el Arch. d. Soc. Rom., XIII, 117.

nal, comunicóse con él con una franqueza ilimitada (1). Por efecto de esto pudo también Aldobrandini alejar la sospecha que de parte de Francia se tenía contra la sinceridad de sus intenciones por causa de que los españoles habían sido los principales promovedores de su envío. De antemano pareció al cardenal, que el mayor impedimento consistía en que Enrique IV se sentía demasiado vencedor y por eso elevaba demasiado sus exigencias. Aldobrandini no ocultó esto al secretario de Estado francés Villeroy. De la manera más dura se expresó Enrique IV contra los españoles y especialmente contra Carlos Manuel, cuya política intrigante penetraba. Costó gran trabajo a Aldobrandini alcanzar del Rey el asentimiento para que los enviados del duque de Saboya pudiesen presentarse en Chambéry. Entre tanto el 16 de noviembre cayó Montmelián, el último baluarte de Saboya, en manos de los franceses. Para las negociaciones de paz fué esto en extremo desfavorable (2).

El 3 de noviembre María de Médicis había desembarcado en Marsella, y Enrique IV resolvió ir a Lyon para celebrar su matrimonio con ella. Movié al cardenal legado a que le siguiese a dicha ciudad. No sin trabajo consiguió Aldobrandini determinar a los enviados saboyanos a que asimismo le acompañasen (3).

Aldobrandini fué recibido en Lyon con grandes honores. Correspondiendo al deseo del Rey, el 17 de diciembre bendijo de nuevo en la catedral su matrimonio con María. En el gran banquete celebrado por la noche, estuvo sentado a la izquierda del Rey, que tenía a la Reina a su derecha (4).

Después de las fiestas de bodas, en las cuales el cardenal y sus compañeros italianos, acostumbrados a las formas más finas del Renacimiento italiano, se maravillaron de los bruscos modales de los franceses (5), las negociaciones de paz, a cuya terminación instaba el Papa por cartas autógrafas a Enrique IV, entraron en su período decisivo (6). Los franceses, lo mismo que antes, ponían las

(1) Para lo que sigue cf. la relación de Aldobrandini en Fumi, 91 s. y la magistral exposición de Bentivoglio, *Memorie*, 355 ss., que en ella se apoya. De los modernos v. Richard, *Légation*, 34 s., 53 s.

(2) V. la relación de Aldobrandini en Fumi, 98.

(3) V. *ibid.*, 103.

(4) V. *ibid.*, 103 s. Cf. también la relación de Cavalli en Cerasole, *Relazioni tra la casa Aldobrandini e Venezia*, Venecia, 1880, 35 s.

(5) Cf. Richard en la *Rev. d'hist. et de litt. relig.*, VII, 501.

(6) V. la relación de Aldobrandini en Fumi, 104 ss.

más duras condiciones, al paso que los representantes de Carlos Manuel se oponían a todas las grandes concesiones. A pesar de esto Aldobrandini no perdió el ánimo. Con grandísima prudencia y juvenil energía se dedicó a su cometido, y en ello supo guardar muy bien la dignidad del Papa, a quien representaba (1). Incesantemente se afanaba conferenciando con Jeannin nombrado por Enrique IV representante suyo y con Sillery vuelto de Roma, así como con los enviados de Carlos Manuel, el conde Arconati y el barón Des Alymes. Para obviar contiendas violentas, como habían estallado en París en las deliberaciones dirigidas por Caltagirone, eligió Aldobrandini negociaciones separadas con cada una de las dos partes. Éstas estaban en áspero contraste cuanto más podían. Las exigencias de los franceses eran tan altas como bajos los ofrecimientos de los saboyanos. Los franceses aumentaban sus demandas todavía, cuanto más afortunadas eran sus armas. Pedían también compensación por los gastos de la guerra, que calculaban en 800 000 escudos. El reunir esta exorbitante suma era para el duque imposible, aunque la Santa Sede contribuyera con 100 000, como el Papa, con su amor a la paz, había ofrecido ya en diciembre (2).

Por muy desesperada que pareciese la situación, el celo de Aldobrandini no decayó. Su esperanza estribaba sobre todo en el conocimiento de que Enrique IV en el fondo deseaba un acomodamiento. En efecto, después de muy laboriosas negociaciones logró el legado que se ajustase un convenio, con el que se declararon conformes ambas partes. Ya se tenía por asegurada la paz anhelada, cuando súbitamente un obstáculo inesperado amenazó de nuevo deshacerlo todo. El canciller Bellièvre y Villeroy habían hecho a Aldobrandini la firme promesa de no arrasar el Fuerte de Santa Catalina, que el duque de Saboya había construido contra los ginebrinos calvinistas. ¡Cuán doloroso fué el asombro del cardenal, cuando hubo de saber ahora, que esta fortaleza, que según los puntos concertados debía restituirse íntegra a Carlos Manuel, había sido ocultamente arrasada!

Costóle trabajo al legado contener en los límites necesarios su irritación por esta deslealtad de los franceses, que perjudicaba también notablemente a los intereses católicos y era una grave ofensa

(1) V. Richard, loco cit., VII, 497 ss.

(2) V. la carta de Clemente VIII, de 26 de diciembre de 1600, en el Arch. d. Soc. Rom., XIII, 137 s.

para Roma (1). En el primer momento nada quiso saber más de una ulterior mediación. La nave, dice Bentivoglio (2), amenazaba estrellarse en el puerto. Pero la necesidad de paz era tan grande, que fué alejado también este peligro. Carlos Manuel hizo comunicar a sus representantes, que sin tener cuenta con este incidente firmasen el convenio concertado. Tampoco Enrique IV y sus consejeros querían aventurar el estallido de una nueva guerra, en la cual el Papa estaría contra Francia. Aldobrandini mismo, que había notificado ya a Roma su feliz éxito, vió puesta en contingencia toda su reputación; temía caer enteramente en desgracia del Papa, que deseaba con tanto anhelo la paz aun por causa de la guerra contra los turcos, si volvía sin ningún resultado. Ciertamente, no podía contentarse con la excusa dada primeramente por Enrique.

Sully, que, aunque hugonote, había sido siempre cortés con Aldobrandini y había promovido la paz de todas maneras, halló finalmente una propuesta aceptable de mediación (3). Enrique IV se declaró dispuesto a conceder que Carlos Manuel de los 100 000 escudos que había de pagar según el convenio asentado, pudiese emplear la mitad para la restauración del Fuerte de Santa Catalina. Con esto pudo declararse conforme Aldobrandini. Al punto se preparó todo lo necesario para la conclusión del tratado. Entonces llegó súbitamente una carta de Carlos Manuel, en la que, por lo pronto, se prohibía de la manera más severa firmar; añádase en ella, que el conde de Fuentes había pedido tener una conferencia con él, y que hasta que ésta no se hubiese celebrado, no tomaría su resolución definitiva (4).

Tampoco ahora perdió Aldobrandini su ánimo y presencia de espíritu. Su incansable celo, apoyado por Juan Bautista de Taxis, embajador español acreditado cerca de Enrique, logró vencer también esta última dificultad, tomando sobre sí la responsabilidad ante el duque de Saboya de que sus representantes pusiesen sus nombres al pie del tratado. En vista de esto rindiéronse el 11 de enero de 1601 los representantes de Saboya (5), de suerte que al fin el 17 de

(1) V. Lettres d'Ossat, II, 292.

(2) Memorie, 398. Cf. la relación de Aldobrandini en Fumi, 111 s.

(3) Cf. la relación de Aldobrandini, ibid., 115 s. y Richard, Légation, 64 s.

(4) V. la *relación de J. B. de Taxis, de 16 de enero de 1601, citada por Philippon, Enrique IV, tomo I, 116, Archivo Nacional de París, Simancas, K, 1604. Cf. además la relación de Aldobrandini en Fumi, 117 s.

(5) V. Fumi, 119.